

9. Clases sociales y brechas digitales en el contexto de la pandemia de covid-19

Silvana Galeano Alfonso, Jéssica Lorena Pla

El problema de la desigualdad en el acceso y el uso de las tecnologías digitales comenzó a plantearse hacia fines del siglo pasado, y se complejizó al tiempo que las tecnologías de la información y de la comunicación se fueron desarrollando y expandiendo a nivel global (Hoffman y Novak, 1998; De Marco, 2017; Van Deursen y Van Dijk, 2014).

La pandemia de covid-19 impuso un nuevo contexto. Las medidas de aislamiento y distanciamiento social posicionaron a las tecnologías digitales como herramientas centrales para la organización y mantenimiento de la economía, del sistema educativo, del sistema sanitario y de la sociedad en general. Las diversas tecnologías digitales permitieron teletrabajar, impartir/recibir educación en todos sus niveles, acceder a diversos servicios públicos, como la salud, al tiempo que se incorporaron en actividades sociales y cotidianas donde anteriormente estaban excluidas o no se utilizaban con la misma intensidad (Cepal, 2020; iClaves-Esade, 2021; ITU, 2021; Pedraza Bucio, 2021; Van Deursen, 2020).

Datos para América Latina y el Caribe indican que en los primeros dos trimestres de 2020 la utilización de aplicaciones de teletrabajo aumentó un 324%, las de comercio electrónico un 157% y las de educación en línea un 62%. En ese sentido, la conectividad adecuada y el acceso a dispositivos tecnológicos se convirtieron en condicionantes centrales para el ejercicio de la ciudadanía (Cepal, 2020). Se revelaron como un “derecho de intermediación” (Benza y Kessler, 2020) para realizar distintas actividades primordiales que ya mencionamos, como trabajar o educarse, pero también para acceder a la información, la comunicación y la participación política y ciudadana, en tanto las redes sociales digitales conformaron aún más un espacio público para la interacción social.

Frente a este panorama, los gobiernos adoptaron diversas medidas en relación con las tecnologías digitales. En la Argentina se destacan: la creación de una aplicación

(Cuid.Ar) para el autodiagnóstico, la difusión de información y la posibilidad de acceder a certificados de circulación; un servicio de teleconsultas de salud a nivel nacional (TeleCovid); programas para el acceso a TIC en barrios populares e instituciones; el establecimiento legal de los servicios digitales como servicios públicos esenciales y estratégicos, y el desarrollo de una plataforma oficial para combatir la infodemia (Confiar) (Finquelievich y Odena, 2021). El uso intensivo de tecnologías digitales también formó parte de la campaña de vacunación.

Por lo tanto, indagar las desigualdades digitales en un contexto de pandemia se volvió un análisis urgente. Pero no desde una mirada aislada y mucho menos desde el determinismo tecnológico, sino dentro de una comprensión compleja e histórica de la sociedad, sus procesos y estructuras en las que se conforman e intersecan las distintas desigualdades. En una región tan desigual como América Latina y el Caribe, una de las principales preocupaciones sobre la revolución digital es que acreciente desigualdades preexistentes (Martínez, Palma y Velásquez, 2020). Según Van Dijk (2020), los estudios empíricos demuestran que, en gran medida, las desigualdades digitales reflejan y refuerzan las desigualdades sociales.¹

Al posicionarnos desde una perspectiva multidimensional de las desigualdades, reconocemos que tanto las dimensiones como los indicadores a considerar, al relacionar desigualdades digitales y sociales, son variados. Para analizar el acceso y el uso de tecnologías digitales se han considerado principalmente variables sociodemográficas y socioculturales, como el género, la edad, la zona geográfica de residencia (rural/urbano), la etnia/raza y variables socioeconómicas, como los ingresos, el nivel educativo, la ocupación (Martínez, Palma y Velásquez, 2020; Norris, 2001; Rotondi y otros, 2020; Scheerder, Van Deursen y Van Dijk, 2017) Sin embargo, algunos investigadores sostienen que el análisis sistemático de las desigualdades digitales en relación con las teorías de la estratificación, la desigualdad y las clases sociales es un

¹ A nivel mundial, mientras en 2004 había 150 millones de suscriptores a internet de banda ancha fija, para 2009 esa cifra había aumentado a 500 millones. Pero mientras en Europa, para 2009, había 200 suscriptores cada 1000 personas, en África ese valor era de 1 cada 1000. En relación con la penetración del teléfono móvil, los países de la periferia global para 2008 habían alcanzado el nivel de Suecia diez años atrás. Por último, se estimaba que en 2009 más de un cuarto de la población mundial tenía acceso a una computadora en el hogar (ITU, 2009). En 2021, alrededor del 63% de la población mundial utiliza internet. Mientras en los países desarrollados el porcentaje llega a 90%, en los países en desarrollo el valor es de 57% (ITU, 2021).

área de vacancia, aunque se han realizado algunos avances (Blank y Groselj, 2015; Ragnedda y Muschert, 2013; Witte y Mannon, 2010).

El objetivo de este capítulo es analizar el acceso y el uso de las TIC según la clase social, el género y la edad en el momento previo a la pandemia y durante ella (2019/2020). Al hacerlo buscamos aportar evidencia empírica que permita poner en discusión que el acceso y el uso de las TIC se encuentra condicionado por las desigualdades sociales preexistentes en nuestra región y que afectan diversos planos del ejercicio pleno de la ciudadanía. El caso de la pandemia y la importancia que asumieron las TIC en este escenario se conforma como un momento analítico central, pues permite ver tanto continuidades en las desigualdades digitales como transformaciones motorizadas por el escenario pandémico.

En la literatura especializada se discuten las metodologías pertinentes para analizar las diferentes desigualdades digitales en vinculación con otro tipo de desigualdades. Mientras la mayoría de los estudios realizan análisis estadísticos (De Marco, 2017; Rivoir y Escuder 2018; Van Deursen y Van Dijk, 2014, 2019), otros remarcan la necesidad de realizar abordajes cualitativos o cuali-cuantitativos (Cabello, 2014; Benítez Larghi y otros, 2013; Scheerder, Van Deursen y Van Dijk, 2019; Zapata y otros, 2017). A grandes rasgos se considera que los estudios cuantitativos pueden ofrecer un panorama general, descriptivo y representativo sobre acceso, uso y resultados obtenidos a partir de las tecnologías digitales (Van Dijk, 2020).

Aquí se utilizan dos fuentes de datos, que aportan robustez al análisis: por un lado, la Encuesta de la Deuda Social Argentina (EDSA) del Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA-UCA), para medir el acceso a TIC por medio del módulo bienes del hogar, y por otro lado, el Módulo de Acceso y Uso de Tecnologías de la Información y la Comunicación de la Encuesta Permanente de Hogares –que se realiza periódicamente los cuartos trimestres– en el período 2019-2020.

El análisis se realiza tanto a nivel de los hogares como de las personas.² En el caso del hogar se asignó como clase la de mayor dominancia entre todos los activos. Cabe aclarar que cuando se toma la unidad de análisis hogar, se sintetiza la información de todos los integrantes y no solo de los activos. Por eso, es una manera de acercarse al

² El acceso a los dispositivos y servicios se analiza a nivel hogar porque es este espacio el que adquiere relevancia en el contexto de pandemia, mientras que el uso se da de manera particular por las personas.

componente familia de la triada de bienestar, como ha sido vastamente analizado en otras investigaciones (Donza y otros, 2008; Salvia, 2010). Como variable independiente se utiliza la clase social, basada en el esquema de clases de Erikson, Goldthorpe y Portocarero (Goldthorpe y Heath, 1992).³ Luego, al análisis de clase social se incorporan las variables género y edad.

BRECHAS DIGITALES, DESIGUALDADES DE CLASE, GÉNERO Y EDAD

Si bien en las últimas dos décadas ha aumentado progresivamente el acceso a internet y a diversos dispositivos, se siguen observando desigualdades digitales relacionadas con otras variables, como el territorio, el ingreso, el género, la edad y la pertenencia étnico-racial (ITU, 2021; Martínez Domínguez, Gómez Navarro y Morales López, 2021). En Latinoamérica y el Caribe también se observan ambas tendencias. Por un lado, un gran crecimiento en inclusión digital, sobre todo a través del acceso y uso de teléfonos inteligentes (GSMA, 2021) Por el otro, brechas entre zonas rurales y urbanas, sectores de altos y bajos ingresos, distintas generaciones y géneros (Martínez, Palma y Velásquez, 2020; Martínez Domínguez, Gómez Navarro y Morales López, 2021, Trucco y Palma, 2020). Se destaca que en estas latitudes aún son preponderantes las brechas materiales, y que las posibilidades de teletrabajo también están condicionadas por los niveles de informalidad, la infraestructura y las habilidades digitales (Cepal, 2020). Por ejemplo, un estudio en México ha demostrado que “las entidades con mayores grados de desigualdad de ingreso y pobreza son las que se encuentran con mayor brecha digital de acceso” (Gómez Navarro y otros, 2018: 56).

Desde la propuesta teórica de Van Dijk (2020), las categorías diferenciales de las personas proporcionan accesos desiguales a los recursos que, a la vez, permiten o dificultan la apropiación de las tecnologías digitales. En términos relativos, algunas personas y algunas clases sociales se benefician más y de manera más rápida que otras de los resultados generados a partir de tecnologías digitales y, en términos absolutos, algunas quedan directamente excluidas de ciertos beneficios.

³ Conforme a la operacionalización y criterios recopilados en la introducción del libro. Para la construcción de los estratos se partió de la recomendación de Ganzeboom y Treiman (1996), que utiliza el Clasificador Internacional Uniforme de Ocupaciones versión 2008 (ISCO por sus siglas en inglés). Para ello, se procedió a corresponder las ocupaciones del Clasificador Nacional de Ocupaciones (CNO), a partir de las sugerencias del Indec (2018).

En las últimas décadas, ha tomado preponderancia otra vez la discusión sobre la naturaleza y el concepto de clase social y las formas de medirla (Erickson y Goldthorpe, 1992; Goldthorpe, 2010; Savage y otros, 2013, 2015). Sin embargo, estas discusiones no han sido ampliamente incorporadas a los estudios sobre desigualdades digitales. Por lo general, se han utilizado las variables estatus socioeconómico, nivel educativo, ingresos, ocupación, para realizar indagaciones empíricas, pero los aportes que ofrecen las teorías de la estratificación, las desigualdades y las clases sociales recibieron una menor atención; aunque algunos autores han comenzado este camino.⁴ Estos estudios identifican accesos y usos diferenciados según clase (operacionalizada generalmente por ingresos), pero también incorporan otros indicadores sobre estatus. Otros estudios concluyen que las clases ubicadas en la base de la estructura social presentan menos acceso, usos menos frecuentes, menos variados y orientan sus prácticas digitales en menor medida a la búsqueda de información (Van Dijk, 2020; Yates, Kirby y Lockley, 2015).

Incorporar el concepto de clase social permite poner de relieve desigualdades estructurales y partir de discusiones y concepciones teóricas primarias para analizar las desigualdades digitales. En este capítulo, retomamos el concepto de clase social como una variable diferenciada que se define por las relaciones de empleo. Focalizar en el ámbito socio-ocupacional permite una comprensión más detallada de la relación entre la estructura productiva y las desigualdades digitales. El esquema de clases logrado a partir de las relaciones de empleo “diferencia varias categorías de clase a partir de estas relaciones, y se puede aplicar a la investigación mediante información sobre el estatus del empleo y la ocupación”⁵ (Goldthorpe, 2010: 363).

4 Luego de identificar una vacancia respecto del análisis de las desigualdades digitales desde las teorías sociológicas: Witte y Mannon (2010) retoman a Durkheim, Marx y Weber para intentar explicarlas en la sociedad estadounidense; Ragnedda y Muschert (2013) recopilan distintos estudios empíricos que realizan el mismo esfuerzo; Blank y Groselj (2015) llevan a cabo un análisis empírico operacionalizando clase, estatus y poder.

5 Para Goldthorpe (2010) las diversas ocupaciones tienden a estar asociadas con diferencias en las relaciones de empleo de una forma que implica distintas posiciones de clase. El autor realiza una distinción básica entre empleadores, autónomos y empleados. Sin embargo, argumenta que la categoría de empleados es la que predomina numéricamente en las sociedades del mundo moderno (porcentaje que para el autor oscila entre el 85 y 90%). Por ende “lo que es crucial en este esquema de clases es el nivel ulterior de distinción que se introduce, y que atañe en particular a las relaciones de *los empleados*. Esto apunta al modo en que se regula su empleo o, expresado de otro modo, a la naturaleza explícita e implícita de sus contratos de empleo” (p. 365). Especificaciones más detalladas sobre el esquema utilizado se encuentran en la introducción de esta publicación, motivo por el cual no se ahonda en esta sección.

Por último, el género y la edad han sido analizados en relación con las desigualdades digitales de forma más sistemática y en algunos casos se han relacionado con las clases sociales (Benítez Larghi y otros, 2013; Yates, Kirby y Lockley, 2015) También se han relacionado otras variables, como la zona de residencia en términos de rural/urbano. A nivel mundial, el 62% de los hombres utiliza internet frente a un 57% de las mujeres, y el 71% de los jóvenes (entre 15 y 24 años) usa internet frente al 57% en otros grupos etarios. La brecha de género se ha venido reduciendo a lo largo de los años y en el conjunto de los países desarrollados se han alcanzado paridades. En los países desarrollados las brechas digitales según la edad y las zonas geográficas de residencia también son menos pronunciadas (ITU, 2021). Las mujeres en países desarrollados o con gran desarrollo tecnológico suelen estar más motivadas, tener un mayor acceso y habilidades que las de los países en desarrollo. Una de las razones que se suelen esgrimir son los entornos culturales más patriarcales, las tareas de cuidado realizadas por las mujeres, el acceso a nivel hogar, los niveles educativos y los tipos de inserción laboral femenina (Martínez, Palma y Velásquez, 2020; Van Dijk, 2020).

Los datos para varios países de América Latina y el Caribe también evidencian desigualdades digitales en relación con el género, la edad, la zona geográfica de diferencia. En términos de género la región se encuentra mejor posicionada que otras. Datos del período 2017-2018 indican que “el porcentaje de acceso a internet en la región fue del 63% para hombres y el 57% para mujeres, mientras que el acceso y uso del teléfono móvil fue del 83% para hombres y el 80% para mujeres”. Sin embargo, existen grados diferenciales entre países, por ejemplo, en la Argentina algunos datos muestran valores positivos para las mujeres en el acceso a internet y el teléfono móvil (Agüero, Bustelo y Viollaz, 2020). Los tipos de uso también suelen ser diferenciados según el género. Los hombres en general utilizan los dispositivos digitales de forma más intensiva y variada, y en mayor medida que las mujeres para cuestiones laborales, administrativas y financieras (Agüero, Bustelo y Viollaz, 2020).

Para la Argentina, destaca la investigación de Benítez Larghi y otros (2013), que desde una mirada cuali-cuantitativa incorpora el concepto de clase social (tomando como *proxy* la inserción socioeconómica de distintas escuelas de La Plata) y el género para analizar la apropiación de TIC en jóvenes, y demuestra que ambos son factores explicativos para los usos diferenciales de las tecnologías digitales de los estudiantes.

Otro estudio (Moyano, 2020) observa que entre 2011-2017 hubo un crecimiento del acceso y uso de las tecnologías digitales, sobre todo debido a la incorporación de teléfonos inteligentes, pero con valores desiguales según áreas geográficas (regiones, provincias, ciudades), edad, pobreza medida de forma unidimensional, nivel educativo del hogar y nivel socioeconómico. Encuentra que el nivel socioeconómico, al incluir el nivel educativo, produce cambios de mayor intensidad. En particular, en los niños de 6 a 8 años que viven en “hogares que poseen un menor bienestar socioeconómico, la variedad y complejidad de usos se ve reducida a una cantidad acotada de usos básicos, especialmente YouTube”.

ANÁLISIS DE LA BRECHA DIGITAL DE ACCESO Y USO SEGÚN CLASE SOCIAL A NIVEL HOGAR

En este primer apartado presentamos el análisis de acceso por hogares de diversas clases sociales a computadora, servicio de internet en el hogar y teléfono móvil con acceso a internet, tipo *smartphone*.⁶

La brecha digital se define como aquella que existe entre los que tienen y los que no tienen acceso a las TIC (primer nivel de la brecha digital). Aquí nos centraremos en este primer nivel, mientras que en el segundo apartado haremos referencia a las brechas en el uso (segundo nivel).⁷

Una primera mirada al gráfico 9.1 permite observar que existen brechas de acceso según clase social del hogar; las clases mejor posicionadas en la estructura social presentan un

6 La EDSA mide de manera diferenciada el acceso a servicio de internet dentro de la vivienda y el acceso a internet por medio de un teléfono móvil (*smartphone*). Esta diferenciación no es posible de realizar con el módulo TIC de la EPH. Al constituirse en una explicación relevante en términos de las oportunidades de conexión y uso que presenta cada una de estas opciones, la EDSA resulta una fuente de análisis más idónea. Sin embargo, cabe aclarar que las tendencias por clase social del hogar en el acceso y los cambios y mutaciones entre 2019 y 2020 son similares en ambas fuentes.

7 En la literatura especializada se han diversificado las dimensiones en que pueden estudiarse en el primer y segundo nivel, y se distingue un tercer nivel, que es aquel que observa los resultados (positivos o negativos) obtenidos a partir de la utilización de tecnologías digitales (DiMaggio y otros, 2001; Helsper, Van Deursen y Eynon, 2015; Van Deursen y Van Dijk, 2019; Van Dijk, 2006, 2013, 2020). Sin embargo, no serán analizados en este capítulo, dada la limitación de las fuentes de datos.

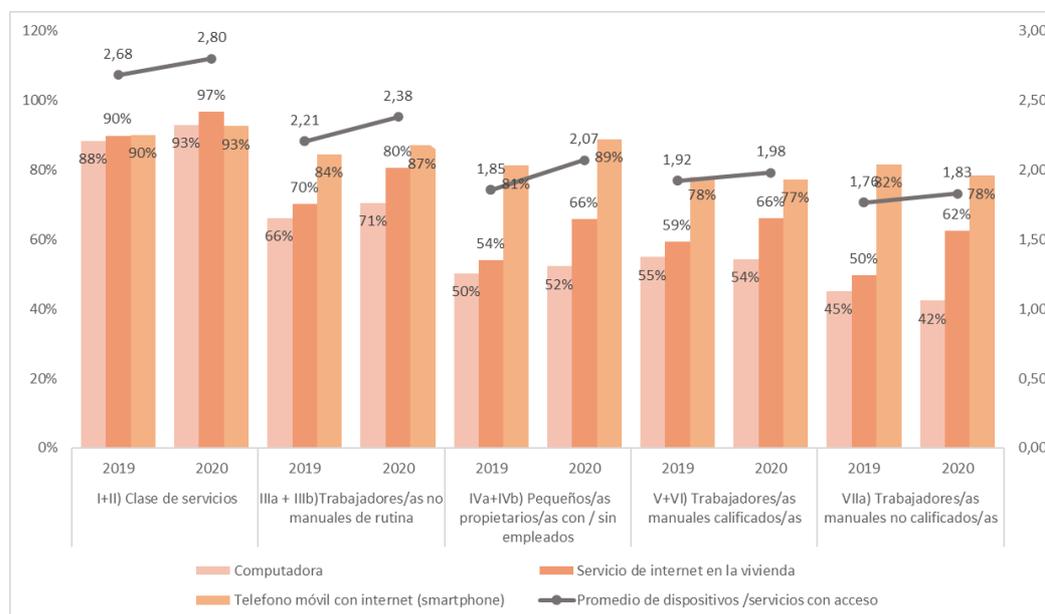
mayor acceso, el cual disminuye a medida que se desciende en la estructura de clases. Las líneas, en cada clase, del gráfico 9.1 sintetizan esta información, que presenta la media de TIC que tiene la clase en cada año. Es en ese dato que se pueden observar tanto las brechas entre clases como el impacto desigual que ha tenido la pandemia de covid-19 en términos de mejorar el acceso: la clase de servicios y las clases intermedias no solo parten de un mejor acceso, sino que además incrementan la media entre 2019 y el período de comienzo de la pandemia en 2020. Los pequeños propietarios y personas con ocupación por cuenta propia también mejoran la media durante el período, pero lo hacen a partir de una proporción de acceso menor. En este caso el aumento se explica en proporción relevante por el incremento en la posesión de teléfono móvil y servicio de internet en la vivienda (suben cada uno 8 y 12 puntos porcentuales), y en menor medida por el aumento de acceso a computadora (variación mínima de 2 puntos porcentuales).

En el caso de las clases trabajadoras hay un breve incremento en el período en la media de acceso, pero de menor intensidad que en los casos anteriores y explicado fuertemente por la incorporación de servicio de internet a la vivienda, mientras que el acceso a dispositivos permanece más bien invariable en el período.

Podríamos decir que el acceso a cada tipo de tecnología tiene sus especificidades y temporalidades. Las brechas de acceso del hogar a una computadora son mayores y han aumentado, mientras las brechas de acceso del hogar a internet son menores y han disminuido a lo largo de los años.

El acceso a una computadora es el doble en la clase de servicios que en las clases trabajadoras, el acceso a servicio de internet en la vivienda mejoró en la clase de pequeños propietarios y cuentapropistas, pero no tanto como para alcanzar la proporción de las clases de servicios e intermedias. La posesión de al menos un *smartphone* por hogar es el indicador con un comportamiento más igualitario, pues en todo caso la proporción se ubica alrededor de 8 de cada 10 hogares.

Gráfico 9.1. Porcentaje de hogares con acceso a PC e internet y promedio de acceso^(*) desagregado por año (2019-2020)



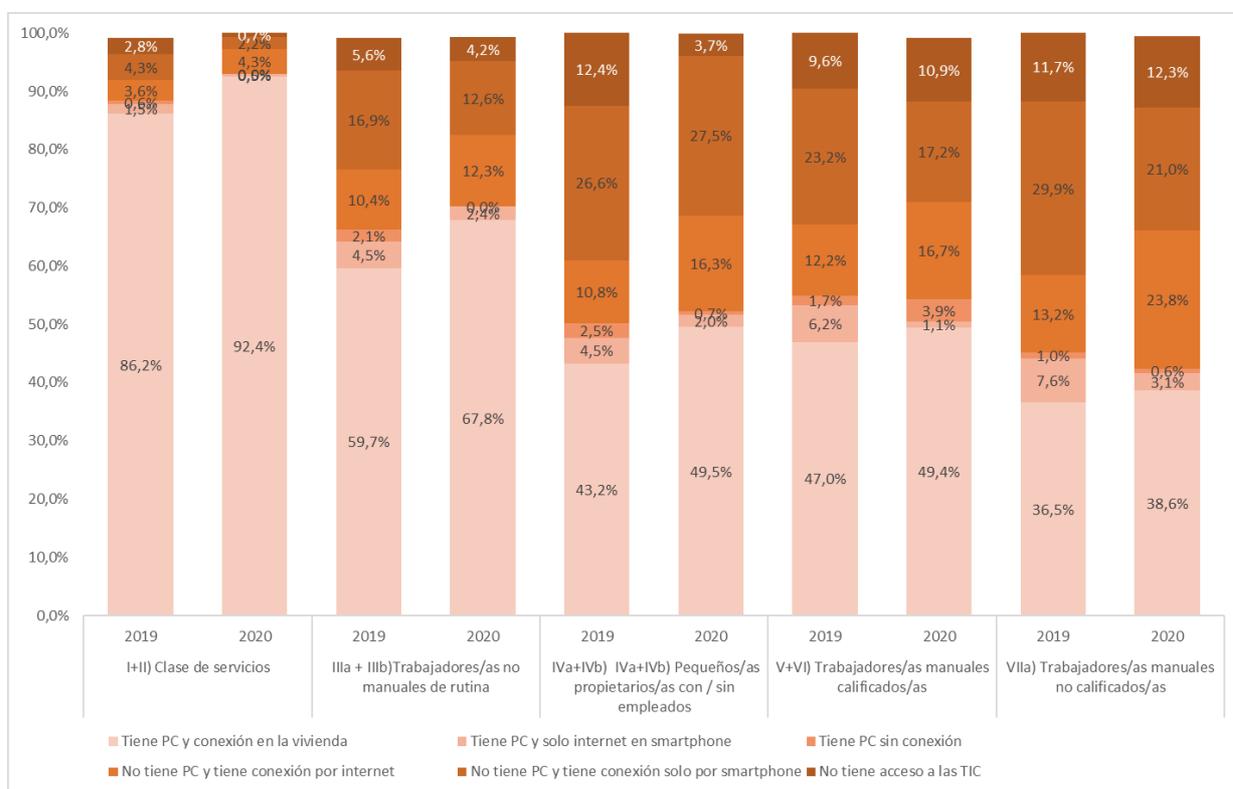
^(*) Se compone de la suma, para cada hogar, del total de acceso a los servicios /dispositivos analizados; 3 es el valor máximo y 0 el mínimo. Se realizó una prueba de medias entre los estratos de clase, diferenciada por año, y en todos los casos las medias de cada grupo son significativas al 0,05%.

Fuente: elaboración propia sobre la base de EDSA, Argentina.

De este modo podemos decir que el acceso a internet en todas las clases sociales ha tendido a aumentar durante el transcurso de los años comparados y sigue los patrones de crecimiento vistos a nivel regional y para la Argentina en años anteriores (Agüero, Bustelo y Viollaz, 2020; Moyano, 2020; GSMA, 2021). Ahora bien, la brecha de acceso físico es una primera forma de aproximación al fenómeno, pero limitada si se cae en metáforas simplificadoras y dicotómicas. Por ejemplo, el acceso no implica necesariamente el uso y tampoco se pueden construir solo dos grupos de hogares como incluidos/excluidos, ya que los límites son porosos, yuxtapuestos y relativos. Nuevos estudios (Van Deursen y Van Dijk, 2019) han remarcado que aun en países con altas tasas de penetración de internet y acceso a las TIC, el nivel material y las condiciones de acceso siguen siendo relevantes. Deben considerarse aspectos como los medios necesarios para el mantenimiento de la tecnología, el acceso a nuevos dispositivos y a equipos complementarios, así como las oportunidades que ofrece cada uno ellos. Dentro

de la categoría analítica de oportunidades del dispositivo, Van Deursen y Van Dijk (2019) consideran como grupos con oportunidades distintas a aquellos que solo utilizan computadoras de escritorio y *laptops* o teléfonos inteligentes y *tablets* frente a quienes pueden usar ambos tipos de dispositivos combinados. En este sentido, en el gráfico 9.2 indagamos la forma en la cual se combina el acceso de las TIC ya estudiadas al interior de cada clase social.

Gráfico 9.2. Distribución del tipo de acceso a TIC según clase socio-ocupacional del hogar, desagregado por año (2019-2020)



Fuente: Elaboración propia en base EDSA. Hogares. Argentina.

Como dijimos anteriormente, mientras los *smartphones* ofrecen acceso a internet, movilidad y precios más económicos no sustituyen a las computadoras en términos de memoria, capacidad de almacenamiento, velocidad y diversidad de uso. Se considera que las computadoras permiten a las personas participar en mayores actividades que otros dispositivos o realizarlas con mayor profundidad. Pero los *smartphones* son propicios para la comunicación continua, el entretenimiento y otras actividades basadas en la localización. En la Argentina (gráfico 9.2) los porcentajes de acceso por clase

social tienden a disminuir a medida que se desciende en el esquema de clases. En términos analíticos podríamos construir cuatro grupos:

- Un primer grupo presenta un porcentaje alto de acceso tanto a computadora como a internet en la vivienda, indicador que además se incrementó entre el año pre-pandémico y 2020. Este grupo lo componen los hogares de clase de servicios, donde otras combinaciones de TIC son marginales.
- Un segundo perfil es el de la clase intermedia, similar al anterior, con predominancia de acceso tanto a PC como a internet en la vivienda y *smartphone*, pero con una proporción de alrededor de un cuarto que no tiene PC, aunque sí tiene algún tipo de conexión a internet (en la vivienda o por celular).
- Un tercer perfil lo delimitan los hogares de pequeños propietarios y cuentapropistas y hogares catalogados dentro de la clase trabajadora calificada. Alrededor de la mitad tiene PC y conexión a internet de algún tipo. Este indicador presenta un leve incremento entre 2019 y 2020. En promedio, aproximadamente, un 40% no tiene PC, pero tiene algún tipo de conexión a internet (principalmente por *smartphone*), y un 10% no tiene acceso a TIC (aunque en el caso de los hogares de clase pequeña propietaria o cuentapropista esta proporción disminuyó de manera notoria en el contexto de la pandemia).
- El último grupo es el de los hogares de clase trabajadora no calificada. Solo un poco menos de 40% tiene acceso a la combinación óptima de computadora y conexión a internet en el hogar, mientras que un porcentaje similar, aunque mayor, no tiene PC, y para casi un cuarto su único acceso a TIC se da por medio del *smartphone*. En este grupo, aproximadamente, uno de cada 10 hogares no tiene ningún tipo de acceso a TIC, proporción que se mantuvo estable ante la irrupción de la pandemia.

De esta manera, hemos podido dar cuenta de la relevancia de analizar no solo el acceso a las TIC sino cómo se combinan al interior de los hogares. Este punto se volvió central en el contexto pandémico: hogares sin computadora se vieron más limitados al momento del teletrabajo y particularmente de la educación de niños, niñas y adolescentes por medios virtuales. Más complejo aún fue el escenario de quienes no

tienen acceso a internet, o que solo lo hacen por medio de un *smartphone*, pues al ser estos los hogares ubicados en lo más bajo de la estructura social la posibilidad de conexión por medio de datos se dificulta.

ANÁLISIS DE LA BRECHA DIGITAL DE USO SEGÚN CLASE SOCIAL, GÉNERO Y EDAD, A NIVEL PERSONAS

En este apartado analizamos las brechas de uso de género, a la luz de la clase social de las personas, y las brechas de uso según la edad, teniendo como variable de corte la clase social del hogar, y con el marco de las brechas digitales de clase presentadas en el apartado anterior.

El supuesto que subyace a la forma de construcción de los datos aquí presentados es que la clase tiene un poder explicativo relevante, en tanto la desigual posición en la estructura social genera desigual acceso a los recursos que se disputan en la sociedad, y las TIC son uno de esos. Ahora bien, sobre la base de la teoría mencionada, este factor se solapa con una serie de múltiples variables, entre las cuales el género y la edad se constituyen como centrales, y por eso las analizamos en conjunto. Asimismo, el contexto pandémico llevó al interior del hogar tareas que antes estaban fuera, por lo cual suponemos que la relación con las tecnologías digitales se transformó en tanto se transformaron roles y/o actividades por género y edad.

En el cuadro 9.1, para el año 2020, podemos observar que son las mujeres de todas las clases sociales quienes más utilizan el teléfono móvil frente a los hombres (excepto en la clase trabajadora no manual de rutina, en la que hombres y mujeres presentan el mismo porcentaje). Las mujeres también utilizan en mayor medida internet y la computadora, excepto en la clase trabajadora no manual.

Más allá de estas tendencias identificadas “en favor de las mujeres”, si bien tanto las mujeres de clase trabajadora semicalificadas o no calificadas como las mujeres de clase de servicios utilizan en mayor medida que los hombres, por ejemplo, la computadora, presentan porcentajes muy desiguales: en 2020 un 20,9% las primeras y un 79,9% las segundas.

Cuadro 9.1. Porcentaje de personas que utilizan TIC según clase y sexo, desagregado por año

		Uso de....					
		Internet		PC		Móvil	
		2019	2020	2019	2020	2019	2020
I+II. Clase de servicios	Varón	98,1%	98,7%	77,0%	76,5%	99,3%	99,4%
	Mujer	97,9%	99,4%	77,0%	79,9%	99,6%	99,7%
IIIa + IIIb. Trabajadores/as no manuales de rutina	Varón	94,5%	96,2%	62,2%	65,5%	98,6%	98,7%
	Mujer	95,5%	95,5%	61,4%	64,6%	98,2%	98,7%
IVa+IVb. IVa+IVb. Pequeños/as propietarios/as con/sin empleados	Varón	81,9%	86,5%	32,8%	26,7%	93,7%	94,5%
	Mujer	87,3%	88,5%	36,0%	33,3%	95,8%	95,7%
V+VI. Trabajadores/as manuales calificados/as	Varón	84,8%	86,6%	28,2%	26,0%	95,7%	95,0%
	Mujer	84,7%	94,1%	40,9%	35,2%	95,5%	98,5%
VIIa. Trabajadores/as manuales no calificados/as	Varón	80,9%	85,2%	26,3%	19,6%	91,8%	94,3%
	Mujer	80,1%	89,4%	23,3%	20,9%	93,6%	96,9%

Fuente: elaboración propia sobre la base de EPH (Indec).

En segundo lugar, agregamos la variable edad a nuestro análisis. A nivel regional, los datos indican que los grupos etarios que tienen menor conectividad “son los de los niños de 5 a 12 años y el de las personas adultas mayores de 65 años, mientras que los más conectados son los grupos etarios de 21 a 25 años y de 26 a 65 años” (Cepal, 2020). Otros estudios en países del Norte Global indican que la edad es una variable explicativa relevante sobre el tipo de uso (Yates, Kirby y Lockley, 2015). Sin embargo, la edad interactúa con otros ejes de la desigualdad. ¿Qué sucede al evaluar los porcentajes de uso de distintos grupos etarios a la luz de las brechas de clase en la Argentina?

Una de las medidas que más afectó a las niñas, niños y adolescentes fue el cierre de las escuelas y la implementación de educación en línea. Es de esperar que sean un grupo etario que ha aumentado el uso de tecnologías digitales en 2020.

Los datos presentados (cuadro 9.2) muestran que, en 2020, esa franja etaria en todas las clases aumentó el porcentaje de uso del teléfono móvil y de internet, y que esta última tecnología fue la más utilizada. Sin embargo, los porcentajes son diferentes según la clase social. No solo hay una tendencia general a disminuir el porcentaje de uso a

medida que se descende en el esquema de clases,⁸ sino que los principales aumentos de 2019 a 2020 los registran las niñas, niños y adolescentes de la clase trabajadora manual no calificada. A su vez, en la mayoría de las clases utilizan en menor medida el teléfono móvil e internet que el grupo etario de 45 a 59 años. La excepción se produce en la clase trabajadora manual no calificada, en la cual utilizan internet en mayor medida que los adultos de esa franja etaria.

Por otro lado, en 2020, el uso de la PC en niñas, niños y adolescentes menores de 18 años aumenta únicamente en la clase de servicios y la intermedia; en las demás clases los porcentajes disminuyen. Los porcentajes de uso de PC también son menores a medida que se descende en el esquema de clases, y presentan brechas más elevadas que en el caso de internet y el teléfono móvil.

Por último, queremos centrarnos en el grupo etario de personas mayores de 59 años, que suele considerarse menos familiarizado con el uso de las tecnologías digitales. En todos los años y para todas las clases, los adultos de 60 años o más utilizan en mayor medida el teléfono móvil, en segundo lugar, internet y por último la PC. De 2019 a 2020 los principales aumentos se presentan en el uso de internet, sobre todo en las clases ubicadas en las posiciones menos aventajadas, y llegan a valores elevados de 15 puntos porcentuales en la clase trabajadora manual no calificada. Los porcentajes de uso de internet en ese grupo etario, para 2020, son menores a medida que se descende en el esquema de clases hasta llegar a las personas que habitan hogares de clase trabajadora calificada, donde comienzan a aumentar otra vez. Con el uso del teléfono móvil sucede algo similar; los porcentajes descenden en el esquema de clases hasta llegar a la clase pequeña propietaria y a partir de allí vuelven a elevarse. El uso de la PC tiende a disminuir y si aumenta lo hace en un máximo de los 3 puntos porcentuales. Asimismo, presenta brechas de clase mucho más pronunciadas que las apreciadas en las otras tecnologías. Al comparar con los adultos más jóvenes, encontramos que utilizan en menor medida la PC en todas las clases sociales, internet también en menor medida en casi todas las clases, mientras el uso del teléfono móvil presenta valores similares e incluso mayores a los de los adultos más jóvenes.

⁸ Considerando a la clase pequeña propietaria o cuenta propia, la trabajadora manual tanto calificada como no calificada como un bloque que presenta porcentajes similares pero menores a la clase de servicios y la clase de trabajadores no manuales.

Cuadro 9.2. Porcentaje de personas que utilizan TIC según clase social del hogar y edad, desagregado por año.

		Pc		Internet		Móvil	
		2019	2020	2019	2020	2019	2020
I+II. Clase de servicios	Menor de 18 años	63%	71%	90%	92%	81%	86%
	18 a 29	69%	69%	92%	92%	92%	91%
	30 a 44	65%	68%	88%	89%	84%	87%
	45 a 59	70%	73%	93%	95%	92%	94%
	60 y más	61%	58%	84%	87%	88%	92%
IIIa + IIIb. Trabajadores/as no manuales de rutina	Menor de 18 años	49%	57%	83%	89%	79%	82%
	18 a 29	56%	53%	87%	89%	89%	90%
	30 a 44	54%	57%	84%	90%	83%	87%
	45 a 59	56%	60%	87%	92%	93%	93%
	60 y más	39%	42%	77%	79%	87%	87%
IVa+IVb. Pequeños/as propietarios/as con/sin empleados	Menor de 18 años	37%	34%	78%	82%	75%	78%
	18 a 29	39%	35%	80%	80%	83%	84%
	30 a 44	36%	30%	79%	84%	80%	81%
	45 a 59	41%	37%	82%	84%	88%	88%
	60 y más	30%	28%	69%	71%	83%	79%
V+VI. Trabajadores/as manuales calificados/as	Menor de 18 años	30%	29%	74%	83%	73%	78%
	18 a 29	28%	25%	75%	79%	80%	80%
	30 a 44	34%	30%	77%	82%	78%	81%
	45 a 59	30%	31%	78%	84%	87%	89%
	60 y más	23%	19%	62%	71%	81%	80%
VIIa. Trabajadores/as manuales no calificados/as	Menor de 18 años	24%	19%	71%	82%	72%	81%
	18 a 29	23%	22%	73%	84%	79%	86%
	30 a 44	25%	25%	75%	83%	78%	84%
	45 a 59	22%	25%	72%	80%	82%	89%
	60 y más	17%	19%	61%	76%	78%	86%

Fuente: elaboración propia sobre la base de EPH (Indec).

CONCLUSIONES

Consideramos que las desigualdades digitales son múltiples, que los estudios sobre la temática se han ido corriendo de los análisis exclusivamente sobre acceso y han incorporado nuevas dimensiones como los usos diferenciados y los beneficios alcanzados. Sin embargo, sumar dimensiones de análisis no vuelve irrelevante comprender qué sucede con el acceso, ya que tiene implicancias en el uso y los tipos de resultados que se pueden obtener de las tecnologías digitales. Como evidenciamos, los tipos de acceso a las TIC no se distribuyen de manera equitativa en todos los hogares, sino que se generan grupos desiguales en términos de oportunidades de dispositivos. Por otra parte, nuestras fuentes de datos no nos han permitido analizar otros aspectos del acceso material, como el que se relaciona con los medios necesarios para el mantenimiento de las tecnologías digitales, los equipos complementarios, la calidad de internet, de los dispositivos y la ubicuidad del acceso.

Si bien gran parte de los estudios sobre desigualdades digitales las indagan en vinculación con factores sociodemográficos y socioeconómicos, varios autores resaltan que es necesario seguir profundizando en el análisis sistemático de las desigualdades digitales en relación con las teorías de la estratificación, las desigualdades y las clases sociales. En ese sentido, este capítulo pretende sumar un aporte empírico desde el caso argentino. Nuestro trabajo evidenció lo productivo que resulta incorporar la variable clase social, ya que permite reconocer especificidades relacionadas con los hogares insertos en estructuras socioproductivas y ofrecer la descripción de una base estructural a partir de la cual seguir pensando. A su vez, el análisis comparativo de 2019-2020 reconstruyó una temporalidad que se vio influida por la pandemia y pretendió comprender las reconfiguraciones que pudo haber producido la crisis sanitaria, económica y social.

Logramos identificar brechas digitales de acceso y uso entre hogares de diferentes clases sociales, las dinámicas y tendencias propias de los diferentes tipos de tecnologías y el impacto desigual que ha tenido la pandemia de covid-19 en términos de mejorar el acceso. Se evidencia, principalmente, una tendencia a la reducción de la brecha en

relación con el acceso a internet. Lo que quiere decir que las clases que se ubican en las posiciones con menos ventajas asociadas han ido incorporando internet en sus hogares y utilizado en mayor medida los teléfonos móviles. Las clases de servicios e intermedias se benefician en el acceso y la utilización de la computadora.

Sobre la base de los datos, conformamos grupos desiguales, según el tipo de acceso y las clases sociales. De acuerdo con ese análisis nos preguntamos: ¿el tipo de tareas realizadas por los ocupados de cada clase determina cierta forma de acceso y pautas de uso de determinadas tecnologías? En una sociedad basada en el conocimiento y la información es esperable que las tareas de mayor calificación impliquen la necesidad de mayores competencias tecnológicas, que esas tareas sean más valoradas en el mercado de trabajo y que la capacitación en el ámbito laboral también sea mayor en esas áreas. Según Van Dijk (2020), en términos históricos, fueron los trabajos de oficina y las posiciones directivas los primeros en incorporar computadoras a sus ámbitos laborales en la década del noventa. En la actualidad, las tecnologías digitales básicas (internet y computadora) son elementos necesarios para los trabajos administrativos, y los trabajadores manuales y no calificados son los que tienen menor acceso.

Por ende, serían las personas que realizan tareas de mayor complejidad y calificación las que tienen mayor acceso y uso de las tecnologías digitales y presentan mayores habilidades digitales que puedan extenderse a otros ámbitos personales. Es decir, podemos pensar que la clase socio-ocupacional estaría determinando cierto tipo de acceso y uso, que en el hogar se transformaría en mayores oportunidades para todos sus miembros en general y para otras actividades que exceden lo laboral. Asimismo, es un proceso que se retroalimenta, ya que lo más probable es que para acceder a trabajos que ofrezcan mayores oportunidades de acceso y uso a las tecnologías digitales se necesite tener previamente un buen nivel de acceso, uso y habilidades digitales. La clase socio-ocupacional también suele estar relacionada con el nivel educativo y el ingreso. Para futuras investigaciones, estas vinculaciones deberían ser analizadas con mayor detenimiento, ya que son variables incluidas de manera constante en los estudios de desigualdad digital.

En relación con la pandemia, los datos a nivel internacional demuestran que la adopción de internet se ha acelerado durante 2020.⁹ Es probable que las necesidades de equipamiento en los hogares para tareas laborales, sumadas a los precios elevados de las computadoras, hayan generado una mayor incorporación de computadoras en las clases mejor posicionadas en la estructura social. Por el contrario, a medida que se desciende en la estructura de clases la computadora pierda relevancia y aumenta la incorporación de internet y el *smartphone* para otras actividades que fueron digitalizadas a partir de la crisis sanitaria. Sin embargo, con los datos que tenemos no es posible observar los tipos diferenciales de uso (ej. entretenimiento, educación o actividades laborales) según clase social. No nos es posible observarlo con los datos disponibles, pero es muy probable que puedan encontrarse tendencias asociadas a estilos de vida, patrones, estrategias, y hábitos de producción y reproducción social.

En sentido complementario, es esperable que las diferencias en el acceso físico y material impacten en el tipo de uso y las apropiaciones que se puedan realizar en cada caso. Como sostienen ciertos organismos internacionales, las brechas digitales se entrelazan con el ejercicio de otros derechos, como el derecho a la educación, la salud y la información. En tiempos de educación en línea, ¿es lo mismo tener acceso a uno o a varios dispositivos en un hogar, o realizar las clases y tareas desde un teléfono móvil que desde una computadora? ¿Las funcionalidades y potencialidades son las mismas? ¿Qué beneficios se obtienen del uso de las tecnologías digitales, qué grupos los están aprovechando en mayor medida y por qué?

En el análisis sobre el uso incorporamos las variables de género y edad, como categorías que se intersecan con la clase social. Al centrarnos en las brechas de género, observamos que son las mujeres de todas las clases sociales las que presentan tendencias favorables en la utilización de las TIC frente a los hombres. Sin embargo, las desigualdades entre clases son notorias. Es probable que una mujer de la clase de servicios utilice en mayor medida una computadora en su trabajo que una mujer trabajadora manual no calificada como, por ejemplo, una trabajadora que realiza tareas de limpieza.

⁹ En 2020 el número de usuarios creció un 10,2%, el mayor aumento en una década, impulsado por los países en desarrollo, donde el uso de internet aumentó 13,3%. En 2021 ha vuelto a un más modesto 5,8%, similar a las tasas anteriores a la crisis (ITU, 2021).

Por otro lado, también se presentan tendencias diferenciadas según la edad. Los niños, niñas y adolescentes de todas las clases utilizan en mayor medida internet, mientras los adultos de 60 años o más utilizan en mayor medida el teléfono móvil. Sin embargo, ambas franjas etarias tienden a aumentar el uso de internet. Los principales aumentos se presentan en las clases manuales, sobre todo en la clase trabajadora no calificada. Cabría preguntarse si la pandemia tuvo para esta clase social un mayor impacto en la necesidad de modificar sus prácticas e incorporar la utilización de internet en sus vidas cotidianas y, si ha sido así, por qué. Si nos centramos en el uso de la PC, las brechas de clase son mucho más pronunciadas entre los grupos etarios analizados, aspecto que probablemente esté asociado al acceso del hogar según la clase.

Por último, en futuras investigaciones sería relevante incorporar la perspectiva teórica de la heterogeneidad estructural, para seguir indagando en procesos estructurales que delimitan la desigualdad digital, teniendo en cuenta que uno de los componentes de la heterogeneidad estructural es el acceso diferenciado a tecnología moderna. Un análisis sobre el impacto de la clase social individual y del hogar, en clave de la heterogeneidad estructural, sobre la brecha digital y los condicionantes de uso de las TIC podría aportar nueva claridad para el examen de nuestras desiguales sociedades desde una dimensión central para la construcción de ciudadanía actual.

Referencias

Agüero, A.; Bustelo, M. y Viollaz, M. (2020), *¿Desigualdades en el mundo digital? Brechas de género en el uso de las TIC*, BID.

de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda, 16, pp. 37-69.

Benítez Larghi, S.; Moguillansky, M.; Lemus, M. y Welschinger Lascano, N. (2013), *TIC, clase social y género. La constitución de desigualdades sociales y digitales en las juventudes argentinas*, X Jornadas de Sociología de la UBA: 20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI, 1 al 6 de julio de 2013, Buenos Aires, en Memoria Académica, disponible en: <www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.7537/ev.7537.pdf>

- Benza, G. y Kessler, G. (2020), *La ¿nueva? estructura social de América Latina. Cambios y persistencias después de la ola de gobiernos progresistas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Blank, G. y Groselj, D. (2015), “Examining Internet Use Through a Weberian Lens”, *International Journal of Communication*, 9, pp. 2763-2783.
- Cabello, R. (2014), “Reflexiones sobre inclusión digital como modalidad de inclusión social”, VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3-5 de diciembre, Ensenada, Argentina.
- Cepal (2020), *Universalizar el acceso a las tecnologías digitales para enfrentar los efectos del Covid-19*, Informe especial, agosto, Santiago de Chile, disponible en <www.cepal.org/es/publicaciones/45938-universalizar-acceso-tecnologias-digitales-enfrentar-efectos-covid-19>.
- De Marco, E. (2017), “La revolución de Internet. Los usos beneficiosos y avanzados de Internet como la nueva frontera de la desigualdad digital”, *Panorama Social*, 25, pp. 99-116.
- DiMaggio, P.; Hargittai, E.; Celeste, C. y Shafer, S. (2001), “From Unequal Access to Differentiated Use: A Literature Review and Agenda for Research on Digital Inequality”, Russel Sage Foundation, disponible en <www.russellsage.org>.
- Donza, E.; Philipp, E.; Pla, J.; Salvia, A. y Vera, J. (2008), “Estrategias familiares y políticas públicas en auxilio del aumento de la desigualdad distributiva durante el período de reformas estructurales y la gran crisis de la convertibilidad. Gran Buenos Aires, 1992-2003”, *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, 4, pp. 4-44.
- Erikson, R. y Goldthorpe, J. H. (1992), *The Constant Flux. A Study of Class Mobility in Industrial Societies*, Óxford, Clarendon Press.
- Finquelievich, S. y Odena, M. B. (2021), “Tecnologías digitales y pandemia: duelo de titanes”, *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, 12(22), pp. 71-90.

- Ganzeboom, H. y Treiman, D. (1996), “Internationally Comparable Measures of Occupational Status for the 1988 International Standard Classification of Occupations”, *Social Science Research*, 25, pp. 201-239.
- Goldthorpe, J. H. (2010) “La clase social y la diferenciación de los contratos de empleo”, en *De la sociología. Números, narrativas e integración de la investigación y la teoría*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas y Boletín Oficial del Estado, pp. 363-388.
- Goldthorpe, J. H. y Heath, A. F. (1992), *Revised class schema 1992*, Social and Community Planning Research.
- Gómez Navarro, D. A.; Alvarado López, R. A.; Martínez Domínguez, M. y Díaz de León Castañeda, C. (2018), “La brecha digital: una revisión conceptual y aportaciones metodológicas para su estudio en México”, *Entreciencias. Diálogos en la sociedad del conocimiento*, 6(16), pp. 47-62
- GSMA (2021), *The Mobile Economy. Latin America 2021*, Londres, GSM Association.
- Helsper, E. J.; Van Deursen, A. J. y Eynon, R. (2015), *Tangible Outcomes of Internet Use. From Digital Skills to Tangible Outcomes project report*, Óxford, Oxford Internet Institute.
- Hoffman, D. L. y Novak, T. P. (1998), “Bridging the racial divide on the Internet”, *Science*, 280, pp. 390-391.
- iClaves-Esade (2021), *Study on post Covid measures to closet the digital divide. Final report*, Body of European Regulators for Electronic Communications (Berec), disponible en bereg.europa.eu/eng/document_register/subject_matter/berec/reports/10076-study-on-post-covid-measures-to-close-the-digital-divide.
- International Telecommunication Union (2009), *The World in 2009: ICT Facts and Figures*.
- (2021), *Measuring digital development. Facts and Figures*.

- Martínez, R.; Palma, A. y Velásquez, A. (2020), *Revolución tecnológica e inclusión social. Reflexiones sobre desafíos y oportunidades para la política social en América Latina*, Santiago de Chile, Cepal-Serie Políticas Sociales n° 233 (LC/TS.2020/88).
- Martínez Domínguez, M.; Gómez Navarro, D. A. y Morales López, J. (2021), “Determinantes de la brecha digital en comunidades indígenas de Oaxaca”, *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, 12(22), pp. 45-69.
- Moyano, R. (2020), “Tecnologías y estructura social. Condiciones estructurales de inclusión digital en la población infantil de Argentina”, *Revcom. Revista Científica de la Red de Carreras de Comunicación Social*, 10, Universidad Nacional de La Plata.
- Norris, P. (2001), *Digital Divide. Civic Engagement, information poverty and the internet worldwide*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Pedraza Bucio, C. I. (2021), “La brecha digital de género como vértice de las desigualdades de las mujeres en el contexto de la pandemia por covid-19”, *Logos*, XLIX(136), enero-junio, pp. 9-22.
- (2021), “¿Una misma desigualdad? Heterogeneidad estructural, protección social y distribución del ingreso en clave comparada”, en *Revista Española de Sociología*, 30(3), pp. 1-21.
- Ragnedda, M. y Muschert, G. W. (2013), “Introduction”, en M. Ragnedda y G. W. Muschert (eds.), *The digital divide: The Internet and social inequality in international perspective*, Abingdon, Routledge, pp. 1-14, disponible en <doi:10.4324/9780203069769>.
- Rivoir, A. y Escuder, S. (2018), “Dispositivos digitales en el hogar: incidencia de las desigualdades y las políticas públicas de acceso partir de un análisis multivariado”, *Observatorio Journal*, 12(3), pp. 295-311.
- Rotondi, V.; Billari, F.; Pesando, L. M. y Kashyap, R. (2020), *Desigualdad digital de género en América Latina y el Caribe*, Banco Interamericano de Desarrollo, disponible en <socialdigital.iadb.org/es/gdi/solutions/acceso-y-conectividad/desigualdad-digital-de-genero-en-america-latina-y-el-caribe>.

- Salvia, A. (2010), “De marginalidades sociales en transición a marginalidades económicas asistidas”, *Revista Encrucijadas*, 48.
- Savage, M.; Devine, F.; Cunningham, N.; Friedman, S.; Laurison, D.; Miles, A.; Snee, H. y Taylor, M. (2015), “On Social Class, Anno 2014”, *Sociology*, 49(6), pp. 1011-1030, disponible en <doi.org/10.1177/0038038514536635>.
- Savage, M.; Devine, F.; Cunningham, N.; Taylor, M.; Li, Y.; Hjellbrekke, J.; Le Roux, B.; Friedman, S. y Miles, A. (2013), “A New Model of Social Class? Findings from the BBC’s Great British Class Survey Experiment”, *Sociology*, 47(2), pp. 219-250, disponible en <doi.org/10.1177/0038038513481128>.
- Scheerder, A.; Van Deursen, A. y Van Dijk, J. A. (2017), “Determinants of Internet Skills, Use and Outcomes. A Systematic Review of the Second and Third Level Digital Divide”, *Telematics and Informatics*, 34(8), pp. 1607-1624, disponible en <dx.doi.org/10.1016/j.tele.2017.07.007>.
- (2019), “Taking advantage of the Internet: A qualitative analysis to explain why educational background is decisive in gaining positive outcomes”, *Poetics*, 80, disponible en <doi.org/10.1016/j.poetic.2019.101426>.
- Trucco, D. y Palma, A. (2020), *Infancia y adolescencia en la era digital. Un informe comparativo de los estudios de Kids Online del Brasil, Chile, Costa Rica y el Uruguay*, Documentos de Proyectos (LC/TS.2020/18/REV.1), Santiago de Chile, Cepal.
- Van Deursen, A. J. (2020), “Digital Inequality During a Pandemic: Quantitative Study of Differences in covid-19. Related Internet Uses and Outcomes Among the General Population”, *Journal of Medical Internet Research*, 22(8): e20073, disponible en: <www.jmir.org/2020/8/e20073/>.
- Van Deursen, A. J. y Van Dijk, J. A. (2014), “The digital divide shifts to differences in usage”, *New Media & Society*, 16(3), pp. 507-526, disponible en <journals.sagepub.com/doi/10.1177/1461444813487959>.
- (2019), “The first-level digital divide shifts from inequalities in physical access to inequalities in material access”, *New Media & Society*, 21(2), pp. 354-375, disponible en <journals.sagepub.com/doi/10.1177/1461444818797082>.

- Van Dijk, J.A. (2006), “Digital divide research, achievements and shortcomings”, *Poetics*, 34(4-5), pp. 221-235, disponible en <doi.org/10.1016/j.poetic.2006.05.004>.
- (2013), “Inequalities in the Network Society”, en K. Orton-Johnson y N. Prior (eds.), *Digital sociology: critical perspectives*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, pp. 105-124, disponible en <link.springer.com/chapter/10.1057/9781137297792_8>.
- (2020), *The Digital Divide*, Wiley, disponible en <www.perlego.com/book/1536601/the-digital-divide-pdf>, consultado el 25/9/2021.
- Witte, J. y Mannon, S. (2010), *The Internet and social inequalities*, Londres, Routledge.
- Yates, S.; Kirby, J. y Lockley, E. (2015), “Digital Media Use: Differences and Inequalities in Relation to Class and Age”, *Sociological Research Online*, 20(4), pp. 71-91, disponible en <doi.org/10.5153/sro.3751>.
- Zapata, C. B.; Arraiza, P. M.; Da Silva, E. F. y Das Chagas Soares, E. (2017), “Desafíos de la inclusión digital: antecedentes, problemáticas y mediciones de la brecha digital de género”, *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 7(2), pp. 162-198.